

FIDELIDAD Y ESPERANZA

EN MEMORIA DE RAMON PLATA MORENO

POR

FEDERICO MUGGENBURG

Director del "Centro de Estudios Sociales" y del movimiento
"Cristianismo, sí" (México)

Discurso pronunciado como Presidente
de la sesión de la noche del día 2 de mayo
de 1980 del XIII Congreso del «Office
International» (*).

Señoras y señores, queridos amigos:

Ya desde las horas graves y tempranas del Concilio Vaticano II, se manifestaron los frutos visibles de su capacidad intelectual y estratégica, de lo que la fe, la esperanza y la caridad reclamaban a su conciencia, cuando escribió y distribuyó entre los padres conciliares el breve estudio firmado con el nombre de «Bernardus».

Fue en los primeros días del mes de abril de 1969, después de haber participado en el Congreso de Lausanne, cuando, a su paso por Madrid, fue buscado en diversos hoteles para matarlo, mas entonces no lo pudieron encontrar.

Después, transcurrieron siete años, durante los cuales, en forma gradual, sistemática e ininterrumpida fue acusado, insultado, calumniado y perseguido.

Caín personificado, movido por insana envidia, actuó a través de acusaciones groseras y vulgares que señalaban a Abel, como un delirante..., nazi..., iluminado..., hasta corruptor y judío «infiltrado».

(*) Cfr. la crónica del XIII Congreso del "Office International", París, 2, 3 y 4 de mayo de 1980, en *Verbo*, núm. 185-186, págs. 535 y siguientes.

En ocasiones se le vinculó a personalidades de prestigio que previamente habían sido enlodadas con los mismos epítetos, se le señaló como: «Lacayo de Jean Ousset», «Incondicional juramentado de Plinio Correa», «Agente vaticanista montiniano», etc., un poco más atrás sería: «roncalliano», «pacelliano», «rattiano», o más adelante, «lucianiano» o «wojteliano». Pero, yendo muy atrás, sería «petriano» y hasta «cristiano»... Si, para algunos, «montiniano» o «cristiano» es un insulto... pues bienvenido el insulto.

Todo este odio cainita parecía motivado por su incondicional lealtad a la sede de Pedro en todas las circunstancias, motivado por denunciar y combatir la infiltración marxista en la Iglesia, manteniendo la fidelidad a Pedro viviente en el Pontífice en turno y motivado también por el combate sin tregua a todas las fuerzas de la revolución.

A la sabiduría racional cristiana, conjuntada con la capacidad de organizador, aunaba la santidad de vida.

En el mismo año de 1969 reunió a un grupo de amigos y fue fundador consejero del Movimiento «¡Cristianismo, sí!».

No era esta su primera obra, ni sería la última.

Mas la presión revolucionaria en su contra estalló el 19 de marzo de 1976 cuando sufrió un atentado frente a la puerta de su casa a las 19,30 horas, en el momento de guardar la camioneta familiar. Momento en el que sigilosamente se acercó un individuo que descargó íntegra su pistola, alojando ocho tiros en su cuerpo.

Después de vivir horas de agonía física y espiritual logró sobreponerse y recuperó antes de ocho meses el uso de todas su facultades físicas.

Reunido finalmente con su esposa e hijos, recibió la bendición de una nueva criatura, con lo que sumaron seis descendientes.

Reincorporado nuevamente a las actividades normales con todo el vigor físico y espiritual, abordó el delicado aspecto de la III Reunión de los Obispos Latinoamericanos en Puebla, logrando que la intervención del Movimiento «¡Cristianismo, sí!» prestara un servicio eficaz a la Iglesia, que padece en aquellas latitudes latinoamericanas infiltraciones marxistas en niveles peligrosísimos, como ustedes ya lo conocen.

De repente, el 24 de diciembre de 1979, a las 22,40 horas, mientras cerraba la ventanilla de la camioneta familiar, ya dispuesto a celebrar la cena de Navidad, fue atacado por la espalda por dos individuos, quienes descargaron sobre él, a quemarropa, dos pistolas completas... 10 tiros incrustados en el cuerpo y cabeza, cinco de ellos forzosamente mortales, que terminaron con la vida del ingeniero Ramón Plata Moreno, a la edad de cuarenta y cuatro años.

- dejando una viuda y cinco hijos, la menor de año y medio;
- dejando una interminable cadena de amigos y discípulos;
- ganando él la palma del martirio.

Hacia apenas cinco años, en 1974, en la misma fecha, y casi en las mismas circunstancias, pero aquella vez en Buenos Aires, caía también víctima del odio revolucionario el buen amigo Carlos Alberto Sacheri.

Días antes de este horrible asesinato, se habían conocido estos dos jóvenes mártires de la fidelidad a la Iglesia, de la lealtad al Pontificado y a la causa de la restauración de orden temporal cristiano; se habían conocido en Buenos Aires durante dos días de largas, profundas y fructuosas conversaciones, analizando situaciones, confrontando aspectos doctrinales, esbozando estrategias comunes para procurar un combate concertado más eficaz frente a la subversión revolucionaria en Hispanoamérica.

Hoy los dos gozan ya de la visión beatífica de Dios en el cielo y son los magníficos intercesores de esta Iglesia militante.

Ellos, Carlos Alberto Sacheri y Ramón Plata Moreno, son de la Iglesia triunfante en grado excelso, y, como nos enseña la Sagrada Escritura en el Apocalipsis, están ya,

«... debajo del altar las almas de los que fueron muertos por la palabra de Dios, y por ratificar su testimonio, clamando a grandes voces diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor santo y veraz, difieres hacer justicia y vengar nuestra sangre contra los que habitan en la tierra? ...».

y continúa la Palabra de Dios:

«... van vestidos con un ropaje blanco, descansan en paz un poco tiempo esperando, en tanto, que se complete el número de los que han de ser martirizados también como ellos».

Pero el día del Juicio los veremos:

«revestidos de un ropaje blanco con palmas en sus manos»,

porque

«... estos son los que han venido de una tribulación grande y lavaron sus vestiduras y las blanquearon en la sangre del Cordero, por esto están ante el solio de Dios y le sirven día y noche en su templo».

Y a la par que todo es tragedia a la luz del conocimiento humano, también es primicia del testimonio de fidelidad que S. S. Juan Pablo II pidiera en la Catedral Metropolitana, en la Ciudad de México, el día 26 de enero de 1979, la tarde de su llegada a aquellas lejanas y esperanzadoras tierras:

«De entre tantos títulos atribuidos a la Virgen, a lo largo de los siglos, por el amor filial de los cristianos, hay uno de profundísimo significado: *Virgo Fidelis*, Virgen Fiel. ¿Qué significa esta fidelidad de María? ¿Cuáles son las dimensiones de esa fidelidad?

»La primera dimensión se llama *búsqueda*. María fue fiel ante todo cuando, con amor, se puso a buscar el sentido profundo del Designio de Dios en Ella y para el mundo. "*Quomodo fiet? ¿Cómo sucederá esto?*", preguntaba Ella al Angel de la Anunciación. Ya en el Antiguo Testamento el sentido de esta búsqueda se traduce en una expresión de rara belleza y extraordinario contenido espiritual: "buscar el Rostro del Señor". No habrá fidelidad si no hubiere en la raíz esta ardiente, paciente y generosa búsqueda; si no se encontrara en el corazón del hombre una pregunta, para la cual sólo Dios tiene respuesta, mejor dicho, para la cual sólo Dios es la respuesta.

»La segunda dimensión de la fidelidad se llama acogida,

aceptación. El "*quomodo fiet*" se transforma, en los labios de María, en un "*fiat*". Que se haga, estoy pronto, acepto: este es el momento crucial de la fidelidad, momento en el cual el hombre percibe que jamás comprenderá totalmente el cómo; que hay en el Designio de Dios más zonas de misterio que de evidencia; que, por más que haga, jamás logrará aceptarlo todo. Es entonces cuando el hombre acepta el misterio, le da un lugar en su corazón, así como "María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón". Es el momento en el que el hombre se abandona al misterio, no con la resignación de alguien que capitula frente a un enigma, a un absurdo, sino más bien con la disponibilidad de quien se abre para ser habitado por algo — ¡por Alguien! — más grande que el propio corazón. Esa aceptación se cumple, en definitiva, por la fe que es la adhesión de todo el ser al misterio que se revela.»

Y sigue hablando Juan Pablo II:

«*Coherencia*, es la tercera dimensión de la fidelidad. Vivir de acuerdo con lo que se cree. Ajustar la propia vida al objeto de la propia adhesión. *Aceptar incomprendiones, persecuciones, antes de permitir rupturas entre lo que se vive y lo que se cree*: esta es la coherencia. Aquí se encuentra, quizás, el núcleo más íntimo de la fidelidad.

»Pero toda fidelidad debe pasar por la prueba más exigente: la de la duración. Por eso la cuarta dimensión de la fidelidad es la *constancia*. Es fácil ser coherente por un día o algunos días. Difícil e importante es ser coherente toda la vida. Es fácil ser coherente en la hora de la exaltación, difícil serlo en la hora de la tribulación. Y sólo puede llamarse fidelidad una coherencia que dura a lo largo de toda la vida. El "*fiat*" de María en la Anunciación encuentra su plenitud en el "*fiat*" silencioso que repite al pie de la cruz. Ser fiel es no traicionar en las tinieblas lo que se aceptó en público.

»De todas las enseñanzas que la Virgen da a sus hijos de México, quizás la más bella e importante es esta lección de fidelidad. Esa fidelidad que el Papa se complace en descubrir y que espera del pueblo mexicano.

»De mi Patria se suele decir: *Polonia semper fidelis*. Yo quiero poder decir también: ¡*México semper fidelis!* ¡*México, siempre fiel!*

»De hecho, la historia religiosa de esta nación es una historia de fidelidad; fidelidad a las semillas de fe sembradas por los primeros misioneros; fidelidad a una religiosidad sencilla, pero arraigada, sincera hasta el sacrificio; *fidelidad a la devoción mariana; fidelidad ejemplar al Papa. Yo no tenía necesidad de venir hasta México para conocer esta fidelidad al Vicario de Jesucristo, pues desde hace mucho lo sabía;* pero agradezco al Señor poder experimentarla en el fervor de vuestra acogida.

»En esta hora solemne querría invitaros a consolidar esa fidelidad, a robustecerla. Querría invitaros a traducirla en inteligente y fuerte fidelidad a la Iglesia hoy.»

Primicia de fidelidad sellada con el testimonio de la sangre y de la vida.

Primicia siempre rebosante de fe, esperanza y caridad; siempre conocedora del dramatismo y la confusión, de la subversión revolucionaria de la hora presente.

Fidelidad conocedora de lo negro de esta hora, pero confianza al mismo tiempo, porque la voz de Pedro Viviente, la voz del Padre amoroso, del dulce Cristo en la tierra, nos ha dicho:

«Cristianos: N'ayez plus peur!».

(¡No tengais miedo!)